

# La Ilustración Católica

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

*Madrid y provincias.*  
Tres meses. . . . . 16 rs.  
Un año. . . . . 60 »

*Cuba y Puerto-Rico.*  
Seis meses. . . . . 2 1/2 ps.  
Un año. . . . . 4 »

**SUMARIO.**

TEXTO.—Revista, por P. V. Nulema.—El Suicidio, por J. J. Simonet.—El Arrepentimiento, por D. Luis del Cármen.—El Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, por D. Julian de Pastor.—El Palacio de los Visires árabes en Sevilla, por D. José María Asensio.—El Arte cristiano en la Exposición de Munster, por V. S. Q.—Der Freyschütz en Colonia, por D. Leon Medina.—Los Grabados, por X.—Cristina, por D. Ramon Segade.—Jeroglífico.

GRABADOS.—Nuestra Señora de Aránzazu.—La Iglesia de Lallo (Filipinas).—El valle de Aránzazu.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

*Extranjero.*  
Seis meses. . . . . 41 fr.  
Un año. . . . . 21 »

*Filipinas y Méjico.*  
Seis meses. . . . . 3 1/2 ps.  
Un año. . . . . 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 21 de Julio de 1879.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.—Año III.—Tomo III.

**BIENOTECOA MUNICIPAL MADRID**

NÚMERO 3.º

Numero suelto, real y medio.

## REVISTA.

Terminaron, por fin, los debates del Congreso sobre el discurso de la Corona, que ha dado mucho que hablar, segun testimonio autorizado del *Diario de Sesiones*. Baste decir que desde 1.º de Junio en que se abrió la legislatura, no se ha hecho otra cosa, y eso que lo avanzado de la estación parece que debería ser motivo de más urgencia.

Los entendidos en estas materias cuentan que en Inglaterra se discute el Mensaje real en una noche; cosa inverosímil para nosotros que rebotamos de patriotismo y se nos va como río desbordado por la punta de la lengua.

Midan ustedes los discursos del señor Castelar y del Sr. Martos, y díganlos si caben en el corto espacio de una noche. Por lo que hace al orador posibilista, jamás deja la tribuna sin haber dado la vuelta al mundo, y aun suponiendo que haga el viaje como el licenciado Torralba citado en el *Quijote*, siempre se gasta tiempo en recorrer

las dilatadas sendas de la geografía y de la historia. El discurso del Sr. Martos ha ocupado dos sesiones, promoviendo luego la serie de contestaciones que lleva tras de sí un orador de primera fuerza. Dicen los que le han oído que ha estado con el gobierno más benévolo de lo que se esperaba.

Esto puede provenir de la comparación que se hace entre los dos demócratas que han entrado juntos después de una ausencia de cuatro años. El Señor Martos comparado con el Sr. Carvajal es un conservador templadísimo, como el Sr. Castelar comparado con el Sr. Martos un discípulo de Calomarde.

La ley del progreso está llena de singulares anomalías. Por muchos caminos, sin embargo, se puede ir á Roma.

La preocupación de estos días es el ir á baños. Las gentes *comm'il faut* pertenecen á la categoría de los seres anfibios. Un elegante que no se baña es un pobre diablo que no merece figurar en las listas de los salones. Sin duda la buena sociedad anda entre pinceles y paletas cuando tanta necesidad siente de lavarse.

Ello es que ahora la población que más bulle en la corte comienza á deslizarse hacia las playas del

mar, como un sediento hacia las aguas de una fuente. Esto no impide que muchos se queden á mitad del camino, y que algunos encuentren en Carabanchel y en Vallecas las olas del Mar Negro.

Sea como quiera, hay que salir de Madrid y tomar baños; esta es una prescripción de la moda que no tiene nada que ver con la medicina.

Nuestros padres fueron más robustos que nosotros y alcanzaron mayor longevidad; y, sin embargo, se bañaban menos. La hi-



NUESTRA SEÑORA DE ARÁNZAÚ.



giene moderna, que prescribe los baños siempre y para todos, se parece mucho á sus coetáneas la economía política, que nos ha empobrecido, y la moral universal, que nos ha envenenado.

Entregamos á la meditacion de los filósofos esta lucha: á medida que se iba hundiendo la sociedad romana, se desarrollaba la afición á los baños, de tal manera, que las ruinas que mejor han resistido en Roma á la acción de las reglas, han sido las soberbias termas imperiales.

¿Es que los pueblos á medida que se enfangan en los vicios del paganismo sienten el secreto impulso de lavarse en aguas regeneradoras?

La Edad Media supo hallar esas aguas en los lugares de peregrinación, á las cuales acudían los pueblos en masa para limpiarse de sus culpas y adquirir la robustez de las virtudes cristianas.

«Cuando un enfermo siente decrecer sus fuerzas, ha dicho Monseñor Freppel, sale del lugar donde siempre ha vivido, va á buscar la salud á otros climas, anhela respirar atmósfera más pura, y se baña en aguas que le refresquen y le fortifiquen: tal es la imagen del peregrino.»

Ahora bien, mientras las gentes del mundo hacen la maleta para ir á bañarse en el mar, varios católicos fervorosos se preparan á ir en peregrinación á Nuestra Señora de Lourdes, donde el cielo parece haber descendido con el raudal de sus gracias y favores.

Los periódicos ya han dado á conocer la Junta encargada de hacer los preparativos del viaje en Madrid, y que las facilidades de hacerlo serán todas las posibles.

El santuario de Lourdes, aunque situado en Francia, bien puede decirse que es un santuario español, porque la Inmaculada Concepción ha sido siempre Patrona de España, y la gruta de su aparición en los Pirineos es como ventana abierta por donde la España de Pelayo y San Fernando saluda á la Francia de Carlomagno y San Luis.

Por eso creemos que la peregrinación será numerosa, y que las aguas regeneradoras de Lourdes se abrirán paso por entre nuestras miserias para regar y fecundar el jardín de nuestras glorias católicas y nacionales.

La devoción de las peregrinaciones nos es tanto más grata, cuanto despierta ó más bien resucita el espíritu de las antiguas costumbres cristianas.

Muchas han desaparecido por completo, y de otras no han sobrevivido más que los nombres.

En Madrid se celebran aún *verbenas*, y la última ha sido la del Carmen en la noche del 15, víspera de su fiesta.

Estas verbenas, celebradas por lo regular en el Prado, se reducen á un paseo nocturno por entre tiendas de flores y confites. Antes se celebraban en el atrio de los templos, como que eran consecuencia natural de las *vísperas eclesásticas*; pero ahora, perdido el carácter religioso, han quedado reducidas á diversiones profanas.

La más famosa de Madrid es la de San Antonio, que se celebra en los paseos de la Florida, y su fama proviene de los tumultos, riñas y desórdenes de que viene acompañada.

La del Carmen se celebra en la calle de Alcalá, porque allí existía el convento de Carmelitas en lo que es hoy teatro de Apolo.

De aquella verbena no queda más que el recuerdo; la que ahora se celebra ha vuelto la espalda á la iglesia, echado á correr por el Prado abajo, en busca sin duda de las aguas del Canal.

El afán de placeres conduce necesariamente á la locura del suicidio, no sin pasar antes por las amarguras de la desesperación.

La verbena del Carmen y el recuerdo del convento demolido, trae á nuestra memoria una fecha horrible, escrita con sangre de mártires en nuestra historia contemporánea:

¡El 17 de Julio de 1835!

Mientras los católicos madrileños celebraban la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, los sectarios de la masonería preparaban en la oscuridad de sus lógias la sangrienta hecatombe que echó sobre nuestra historia el borron más grande que se conoce en la historia de los pueblos civilizados.

Al recordar las circunstancias de aquel crimen;

al leer la historia de tantos mártires asesinados en las iglesias y claustros de los conventos; al pensar en la impunidad con que se llevó á cabo la matanza, la indignación enrojece el rostro, y hasta la vergüenza se apodera de los corazones cristianos y españoles.

¿Cómo no ven en los males que nos afligen y en los peligros que nos amenazan, el castigo de aquel crimen inaudito en que se conculcaron todas las leyes divinas y humanas?

Aunque Dios en su infinita misericordia, y por los méritos de los mártires, perdone el crimen, la historia no podrá olvidarlo, y la mancha pasará de generación en generación, para vergüenza de unos, justificación de otros y ejemplo de todos.

Pasando ayer por delante de un anunciador de teatros, nos hizo observar un amigo, que los nombres que en gruesos caracteres figuran en los carteles, todos son extranjeros. Y en efecto, el que sólo mire de lejos creerá que se halla en todas partes menos en España; de tal modo nos han invadido los *artistas* extranjeros.

Este vicio que hoy nos domina, de conceder méritos extraordinarios á lo extranjero con preferencia á lo propio, parece que no tiene cura, á pesar de que la experiencia va demostrando lo contrario. Por eso, cuando el año pasado vino al Teatro Real el tenor Gayarre, natural de Navarra, y entusiasmó á todos por su mérito sobresaliente, dijo un crítico que los españoles habían concedido á su compatriota el más alto honor que podían concederle, el de elevarlo á la categoría de los *artistas* extranjeros.

Pero este vicio, aunque parece indígena, es, sin embargo, extranjero, porque en el siglo pasado lo tenían los franceses con respecto á las cosas de Italia. Se refiere de un parisiense que al visitar en Besanzon el palacio del Cardenal Granvela, preguntó al conserje muy admirado:

—¿Se hizo aquí este palacio?

El conserje, que era muy zumbón, contestó con mucha gracia:

—No, señor: dos hombres lo trajeron de *Bolonia*.

—¡Ah! exclamó el parisiense, ya me figuraba yo que tan hermosa arquitectura no podía menos de haber venido de Italia.

A buen seguro que no tuvieron este vicio los que vencieron en Pavia y San Quintín, y pudieron gloriarse de que el sol no se ponía en los dominios de España.

Otros tiempos, otras costumbres.

V. P. NULEMA.

## EL SUICIDIO.

### RECUERDO JUVENIL.

Tenia yo un amigo, ó mejor dicho, le tengo, porque vive y goza de salud y de buena posición social y de felicidad doméstica, y según todos los indicios, es un buen cristiano; y aunque se halla lejos de mí, me prueba de vez en cuando con sus cartas y recuerdos que no ha renunciado á mi amistad.

Pues este amigo mío, este compañero de mi primera juventud, en quien se personifican los sentimientos, las ilusiones y las memorias de aquella hermosa edad; este individuo hoy tan apreciable, respetado y feliz, estuvo en la primavera de su vida á punto de perderse para siempre, como tantos otros en nuestros aciagos días, matando su alma, deshonrando su recuerdo y acibarando la ancianidad de sus padres.

Verdad es que catástrofes de este género se repiten todos los días y pasan sin gran espanto de las gentes honradas ni gran clamor de la prensa periódica, considerándose, sin duda, como una plaga especial é irremediable de nuestra decadente sociedad. Yo también considero tan repetidos casos como una epidemia de nuestro siglo; mas por lo mismo que la juzgo epidemia, aunque moral, creo que todos debemos procurar su remedio, y en cuanto esté de nuestra parte, trabajar para que desaparezca, ó al menos atenúe sus estragos.

Creo que en lo relativo á este linaje de pestilencia, pueden hacer mucho los literatos y publicistas, que entienden en toda clase de doctrina y enseñanza; primero, porque se trata de un contagio moral que puede atajarse con medios morales; segundo, porque el deber de la propia conservación no es pu-

ramente individual, sino colectivo y social, y los periódicos se tienen por órganos y lenguas de la sociedad; y para abreviar, porque es afrentoso que en un siglo llamado de regeneración y progreso, en un siglo en que hay tantos ingenios y escritores consagrados á la felicidad del género humano, ó de la humanidad, como dicen vulgarmente, cundan tanto el malestar y la desesperación, que la vida se haga ya insoportable y haya prisa por acortarla.

Más de un amigo mío cayó miserablemente en la flor de sus años, ó por suicidio violento, ó por el lento y no menos seguro del vicio. Pero yo no quiero evocar estos dolorosos recuerdos, que cualquiera de mis lectores podrá representarse con igual amargura. Yo no trato de conmover corazones sentimentales con tales tragedias, sino de aplicar si pudiese algún bálsamo de consuelo á la herida social que todos contemplamos y á todos nos duele.

Es el caso que aquel amigo que aún vive y no vive mal como los que se suicidan lentamente, se encontró en la situación amarga y crítica que muchos abrevian con el suicidio. No era pobre, no carecía de los recursos necesarios para sostenerse con decencia y aspirar á mejor porvenir. Porque ordinariamente no son los pobres los que atentan contra su vida, por miserables que sean. No hay miseria ni necesidad en este mundo, que no pueda remediarse ó sobrellevarse con las virtudes naturales y cristianas de la paciencia y de la resignación, ni mal que por bien no venga, ni desdicha material que no pueda producir alguna ventaja moral y perdurable, si se sufre debidamente. No hay desgracia de cuerpo ó de alma, no hay quebranto, ni dolor, ni pérdida, ni peligro, por apurados y extremos que parezcan, que no pueda remediar, reparar, calmar ó evitar la paternal providencia de Dios, por los recursos ordinarios ó extraordinarios que ofrece á las necesidades humanas y que se impetran por la oración. Mi amigo no carecía de recursos pecuniarios, ó si carecía era momentáneamente, según la prisa que se daba á gastar lo que mensualmente recibía de su padre, y de vez en cuando de su buena madre, á quien sacrificaba sin necesidad. Mi amigo se había adelantado á vivir, ó mejor dicho, á gozar malamente de la vida, y probaba sus amarguras y desengaños en la época de la irreflexión, en el período crítico de las ilusiones: sentíase abrumado con la carga de la existencia antes que la edad, la experiencia y una buena dirección hubiesen fortificado su espíritu. Fluctuaba entre la vida y la muerte como bajel conducido por piloto inexperto y sorprendido en alta mar por tempestad furiosa.

Y en efecto, tenía una tempestad en su cabeza y un volcán en su corazón. Exaltada su imaginación con la lectura de muchas novelas, y con los románticos escritos de Víctor Hugo, Goethe, Schiller y Lamartine; iniciado un tanto en la filosofía racionalista; solicitado por la masonería; entregado á no pocos vicios y enardecido por toda pasión, llegó pronto á los últimos límites del desencanto, cayó en el abismo de la duda religiosa, y solía repetir con rabia mía aquel verso de Espronceda:

«Solo en la paz de los sepulcros creo.»

Yo que temía una catástrofe, combatíale con frecuencia sus ideas y le importunaba con ruegos y consejos, en cuanto lo permitían mi propia inexperiencia é ignorancia. Pero llegó un trance apurado y peligroso. Yo estaba ausente cuando mi amigo necesitaba más de un buen consejero, de un confidente discreto, de un vigilante solícito.

Reuniéronse para abrumarle y sumirle en la desesperación una pérdida considerable en el juego, un desengaño amoroso, fruto natural de una pasión mal colocada; una mala pasada de un falso amigo, y otros incidentes que fuera prolijo ó indiscreto referir. Sintió oscurecida su mente, ahogado su pecho, y recordando por sugestión diabólica funestas resoluciones de personajes novelescos ó reales, determinó poner breve é inmediato fin á su vida y á su desventura. Afortunadamente jamás había manejado un arma de fuego, y temiendo errar la puntería, se fué modestamente al canal de Manzanares, que á la sazón era muy favorecido por los suicidas madrileños.

Largo sería referir los pensamientos é imaginaciones que según me contó después en un desahogo de su amistad, combatieron su alma en la dilatada travesía que recorrió de su casa al canal.

(Se concluirá.)

J. J. SIMONET.



## ARREPENTIMIENTO.

¡Voy á morir! El viento de la tarde  
Arrastra sombras, ecos y gemidos.  
¡Voy á morir! El ánimo cobarde  
Del corazon ahoga los latidos.  
¡Tiembo! Espira en el lóbrego horizonte  
La luz sombría de esta horrible hora;  
Tras el quebrado monte  
La luz del sol sus tintas descolora.  
Oprímese mi pecho  
Con angustia infinita;  
Voy á morir, y en lágrimas deshecho,  
Ya en la agonía, el corazon palpita.  
Allá, del fondo oscuro del pasado,  
Lóbregas nubes mi terror levanta;  
Pasa sobre mi frente desolado  
El huracan que mi conciencia espanta.  
¿Qué fui? ¿Qué soy? Mi loco desvarío  
Arrastra en pos, con ánimo sereno,  
Culpas sin fin, como revuelto rio  
De luto y sangre, y lágrimas y cieno.  
La voz de mi conciencia  
Alza pujante su terrible grito;  
Ni la filosofía ni la ciencia  
Calman la convulsion en que me agito.  
¡Esa implacable voz! Ella retumba  
Del alma mía en el profundo seno,  
Cual ronco grito de huracan que zumba  
Anunciando el estrépito del trueno.  
Hoy, á sus ecos, lívido resalta  
De lo pasado entre la oscura niebla  
El fantasma de ayer; falta por falta,  
Con todas ellas mi memoria puebla.  
El me enseña el sofisma en que envolvía  
Mi lógica infeliz el error grave;  
La dulce frase con que amor mentía,  
Si en la mentira la dulzura cabe.  
El me repite el canto misterioso  
Con que burlé algun día la inocencia;  
El rumor de la orgía, el bullicioso  
Cántico sin compás y sin cadencia.  
La excéptica sonrisa  
Con que escuché la voz de algun profeta;  
La burla impía ó la burlona risa  
Con que ahogué la voz del alma inquieta.  
Cuanto fui, cuanto soy, ante mis ojos  
En procesion confusa se levanta;  
Amargura y placer, flores y abrojos  
Se reproducen hoy bajo mi planta.  
¡Voy á morir! Como huracan gigante  
Ruje la ronca voz acusadora,  
Y con eco vibrante  
En el alma infeliz retumba ahora.  
¡Piedad, Señor, piedad! El frágil vaso  
Quebró de la pasion el rudo embate;  
También el sol vacila en el ocaso  
Y ante la sombra su fulgor abate.  
El polvo de oro del estambre erguido  
La hoja mancha de cándida azucena;  
La ola altiva en funeral quejido  
Cae tambien en la dorada arena.  
Y la hoja del árbol y la nieve  
Que corona el verdor de la montaña;  
La rama, al soplo de la brisa leve,  
Y en las ondas del rio, la espadaña;  
¡Todo cae cual yo! Mas ¡ay! Dios mío;  
Cae doquiera la materia inerte,  
Y va el tronco arrastrado por el rio  
Como el cuerpo del hombre va á la muerte.  
Pero el alma inmortal buscará en vano  
Disculpa de la mancha que la empaña;  
Ciega pasion ó desvarío insano  
La guiaron aquí por senda extraña.  
Ella olvidó tu nombre y tu doctrina,  
Rasgó la ley de su eternal destino,  
Mas ¡ay! que vuelve á la Sion divina  
Y busca ansiosa el eternal camino.  
¡Perdon, Señor! Mi culpa es infinita  
Cual tu bondad, como tu inmensa gloria;  
Calma, Señor, la angustia que me agita  
Y arranca lo que fué de mi memoria.

LUIS DEL CÁRMEN.

## EL SANTUARIO

DE NUESTRA SEÑORA DE ARÁNZAZU.

Corría, ya avanzada, la segunda mitad del siglo xv, cuando en una de las más profundas simas del monte Aloña, situado en los confines de Guipúzcoa y Alava y perteneciente á la jurisdiccion de Oñate, hermosa villa de la primera de dichas provincias, se apareció á Rodrigo Balzategui, jóven pastorcillo que acertára á pasar por allí con su ganado, una sagrada imagen de María que se denominó de *Aránzazu*, segun generalmente se cree, por haberse hallado en un espino, llamado en vascuence *aranza*. Grandes prodigios acompañan y siguen á tan precioso hallazgo; la más entusiasta devocion se despierta y cunde por todo el país, y especialmente por Oñate y Mondragon; y muy en breve le erigen modesta capilla sus primeros devotos.

Comiézase en seguida á construir un camino que hiciera posible la comunicacion con el afortunado cuanto áspero y casi inaccesible lugar de la aparicion; grandes dificultades oponia el terreno, formado por dura roca, áun para abrir sólo estrecha y escabrosa senda; pero todo se venció con la constancia de los entusiastas devotos de la santa imagen, y en especial de los piadosos oñatienses. Desde aquel momento el número de peregrinos fué cada día más considerable; y hubo necesidad de construir un pequeño hospicio, que vino á ser habitado por la más ardiente devota de la Virgen de Aránzazu, Doña Juana de Arriaran, ilustre y piadosísima señora cuyas eminentes virtudes le hacen ocupar un lugar distinguido en la historia de los Reyes Católicos.

La fama de las maravillas que se obraban en este santo lugar, y el gran desarrollo que iba adquiriendo la devocion á la sagrada imagen, movió á desear vivir en aquel á los religiosos de la Orden de la Merced, á la que pertenecía Fr. Pedro de Arriaran, hijo de Doña Juana. Edificóse un pequeño convento donde moraron algunos años; pero en breve se vieron precisados, con harto sentimiento suyo, á abandonarlo, ya por lo poco saludable del lugar, que producía continuas bajas, ya acaso por consideraciones relacionadas con la más estricta observancia de su regla.

No bien cundió esta noticia, cuando se apresuraron todas las Religiones á solicitar el convento de Aránzazu. Tuvieron la fortuna de conseguirlo los de la Tercera Orden de San Francisco, los cuales continuaron habitando pacíficamente el monasterio hasta que, á consecuencia de haber pasado á la Orden de Santo Domingo, por no sujetarse á la reforma hecha por el Cardenal Cisneros, reclamaron los de San Francisco la posesion del convento concedido á su Orden, cuyo pleito se falló á favor de los Franciscanos por la Rota Romana.

Iba creciendo, entre tanto, extraordinariamente la devocion de los fieles, y con ella las limosnas y donaciones; y húbese de pensar en ampliar la mezquina capilla y el convento. Emprendidas las obras, y terminado ya el altar mayor, un acontecimiento prodigioso hizo desistir de la idea de trasladar la santa imagen á lugar poco distante de la aparicion; y húbese de construir nueva capilla en el del feliz hallazgo. No pudieron, sin embargo, disfrutar tranquilamente por mucho tiempo del nuevo monasterio; el año 1552 un casual y voracísimo incendio lo redujo á cenizas, salvándose únicamente la iglesia: con el convento perecieron casi todos los documentos y papeles, haciéndose por esta causa doblemente difícil escribir la historia completa de este Santuario (1).

No se desanimaron por ello los piadosos habitantes de aquellas religiosas Provincias; ántes bien, fueron tantas y tan espléndidas las limosnas que se apresuraron á ofrecer, que en breve tiempo quedó edificado un nuevo convento más suntuoso que el anterior. La iglesia hubo de parecer entonces excesivamente mezquina y pobre; y comenzóse con el siglo xvii la construccion de otra nueva. Grandes

dificultades opuso para ello lo extraordinariamente accidentado del terreno, que obligaba en unas partes á levantar los cimientos desde el fondo de un profundísimo barranco, al paso que en otras era preciso edificar sobre elevadas peñas; pero, por fin, el éxito vino á demostrar cuánto más puede una piedad verdadera y ardiente, que todos los obstáculos que se puedan oponer; la obra quedó terminada, y en 1621, en medio de suntuosas fiestas, indecible concurso de gentes y no escaso número de prodigios, se verificó la traslacion de la santa imagen á su nueva capilla.

No era posible presumir, ni áun casi imaginar en aquellos momentos del más puro regocijo, que no pasaria un año sin que aquel magnífico santuario fuera pasto nuevamente de las llamas. Así sucedió, no obstante: en 1622, un incendio, casual como el anterior, destruyó completamente en tres horas el convento é iglesia, quedando sólo la capilla mayor destinada á la santa imagen de Nuestra Señora de Aránzazu. Pasados los primeros instantes de turbacion y universal sentimiento, púsose manos á la obra de una nueva reedificacion con tal actividad y entusiasmo, que segun testimonios verídicos, no habian transcurrido apenas dos meses y ya estaba cubierta la iglesia y comenzaba á hacerse otro tanto con el convento.

Extraordinaria magnificencia se desplegó en la construccion del nuevo santuario, magnificencia que hacia más sorprendente el contraste con aquel solitario lugar. En la imposibilidad de describir la nueva iglesia y convento, haremos especial mencion de la hermosísima capilla de Nuestra Señora, colocada debajo del elevado altar mayor y construida con bellísima piedra y preciosos jaspes. En el nuevo santuario se reunieron preciadas joyas artísticas: allí se ostentaban soberbias obras del célebre escultor Gregorio Hernandez, las últimas, por cierto, que trabajó, y más desconocidas de lo que debieran; de este insigne maestro eran, además de otras obras excelentes, las bellísimas figuras de San Antonio, de la que aún se conserva la cabeza; de San Diego de Alcalá y de San Francisco, y los medallones de la Anunciacion y Visitacion de Nuestra Señora, San Lucas, San Marcos, San Juan, San Buenaventura y San Luis, Obispo de Tolosa; á él pertenecian, por último, los magníficos retablos de orden corintio del altar mayor y de los seis colaterales. Allí existian tambien preciosidades de la otra arte hermana, la pintura, entre las que descollaban una de las inimitables concepciones de Murillo, y obras de Mugueta y otros. La sillería del coro, hecha de nogal y boj, era una verdadera obra de arte. Las alhajas que poseía este santuario eran tantas en número, como ricas en valor. Allí se veian asimismo preciosos trofeos que recordaban los grandes beneficios recibidos por intercesion de la Virgen de Aránzazu, en especial en el famoso sitio de Fuenterrabía y en la batalla naval de Pernambuco. Mil y mil votos colocados en la capilla y en los cláustros, por no bastar aquella á contenerlos, demostraban eloquentes los innumerables prodigios obrados por mediacion de la Soberana Señora. En este sitio rindió pleito homenaje á la misma Excelsa Señora el rey Felipe III: allí habia orado ántes el esclarecido fundador San Ignacio de Loyola.

Mas estaba decretado que fuese una vez más pasto de las llamas aquel suntuoso edificio levantado á costa de tantos esfuerzos; y que todas aquellas preciosidades artísticas, que el monumento más notable que erigiera en honor de la Virgen la piedad de los nobles vascongados y constituia el objeto de su más entusiasta y cariñosa veneracion, quedaran reducidos nuevamente á cenizas. Pudo librarse de una completa destruccion con que se vió amenazado en 1823 á consecuencia de los acontecimientos políticos que en aquella época tenian lugar; mas no sucedió así en 1834. Las tristes y solitarias ruinas que se descubren hoy, y que apenas dan alguna idea de lo grandioso de tan magnífico santuario, son testimonio elocuente de la voracidad extraordinaria de aquel incendio, cuyo recuerdo deseáramos borrar de la historia contemporánea por honor de nuestra patria. La santa imagen fué trasladada al convento de Religiosas de Vidaurreta, situado en la misma villa de Oñate, siendo objeto de predilecta devocion por parte de los piadosos oñatienses, hasta que en 1846 se trasladó de nuevo á Aránzazu, colocándose en la modesta iglesia, que no sin vencer gran-

(1) Estas ligeras noticias se han tomado, además de lo poco que hay impreso, de las Memorias que se han logrado salvar de los repetidos incendios del Santuario, y el autor de este artículo se propone ampliarlas en obra dedicada exclusivamente á este fin, y que con el favor de Dios espera verá la luz en momento próximo.



des obstáculos, se logró levantar sobre las ruinas del antiguo grandioso santuario.

Desde entonces se han ido realizando considerables mejoras, merced al celo de los dignos Presidentes del mismo, y á las donaciones de los devotos de Aránzazu. Empero faltaba acometer de una vez la colosal empresa de reedificar el santuario y facilitar el acceso al mismo, suavizando el áspero camino que conduce á él desde Oñate; y esta empresa no sólo se ha acometido, sino que ha comenzado á realizarse contando como único recurso los donativos de los devotos de la Virgen de Aránzazu (1), siendo de esperar que estos no desmayen ante las dificultades de cualquier género que puedan oponerse, ni retrocedan ante sacrificio alguno hasta dar cima á la obra con tanto ardor principiada.

Concluimos, pues, haciendo votos porque así suceda, y no se ceje un punto en esta grandiosa empresa de reparacion que muestre que los españoles, y en especial los vascongados del siglo XIX, no son menos entusiastas por las glorias de Aránzazu que los de los siglos XVI y XVII; y que si hubo quien con sacrilega mano aplicó á aquel celeberrimo y venerando santuario la tea incendiaria, hay muchos más que con ardiente fé é inquebrantable perseverancia no omiten género alguno de sacrificio para restituirle su antigua grandeza.

JULIAN DE PASTOR.

## PALACIO

DE LOS

## VISIRES ARABES EN SEVILLA.

(Conclusion.)

Ya en el piso principal atrae al observador, como digno de estudio por muchos conceptos, el precioso camarín con artesonado muy semejante al que dejamos descrito. En igual forma debió tenerle también el espacioso salón que le precede, pero por desgracia no se conserva más que el arranque de la cercha, por cuya razón nos detendremos en el camarín ó alcoba, que encierra primores y recuerdos de verdadera importancia.

Dada la posición que ocupa en el lugar principal de la fachada, sus dimensiones y las particularidades que lo adornan, se comprende á primera vista que era la alcoba principal del palacio, sirviendo de gabinete al salón que le precede.

Formando ángulo con el balcón por donde recibe luz, hay una alacena ó chinero embutido en la pared, como de vara y media de altura y dos tercias de ancho, revestida en su interior de azulejos de caprichoso dibujo, y con un reflejo metálico tan brillante, tan pronunciado, que no se encuentran semejantes entre los muchos de esa especie, inimitable hoy, que he podido examinar en muchos años de afición.

(1) A este fin se halla abierta en esta corte una suscripción, á la que confiamos llevarán su óbolo, siempre apreciable por modesto que fuere, los muchos vascongados que residen en la misma, y los devotos de María sin distinción de provincia, pues se trata de una gloria, no ya sólo local, sino patria.

Tienen la mayor belleza, la mayor originalidad que en este ramo de cerámica puede desearse. Pero tan admirables como el interior son las puertas del pequeño recinto. Formadas de tableros de roble, y divididas en cuatro compartimientos, llevan cuatro figuras en alto relieve: escultura, al parecer, alemana, y que parecen caballeros y damas dibujados por Alberto Durero, y tallados por escultor de habilidad extremada.

Hasta el adorno de la moldura es de labor exquisita y digna de tan precioso lugar. Después de examinadas las ricas muestras de arte que el camarín ofrece, todavía al dirigir la vista á las paredes, hay objetos que estudiar y que despiertan otro género de recuerdos.

Es muy extraño el zócalo de azulejos que cerca de la solería se descubre.

Son de época muy posterior, de esmalte blanco, y en el centro de cada uno de ellos hay una letra. A la primera ojeada llama la atención un zócalo de letras, porque no es adorno común ni agradable; pero fijándose un poco se comprende que aquellas letras forman una inscripción, una leyenda que

En el lienzo frente al balcón:

**IXTMESTESIANRMAECBREVIRA**

En el lienzo de la puerta de entrada á entrambos lados de ella:

**EIVS? ACTASVNTHECARO**

**TALDNICE? M? Q**

En la antecámara.

Frente á la puerta que dá á la cámara anteriormente mencionada:

**DIOTESALVEFERCYCOLV**

En el lienzo de la ventana:

**NOPICSCIA**

En el mismo lienzo de pared que divide esta pieza de la cámara antedicha:

**AVEMARIADELOSDOLORES**

Con algun trabajo de paciencia y proligidad no sería difícil restaurar por completo la leyenda en su primitiva forma y pureza, y alguna persona muy

docta ha de ocuparse en hacerlo; pero á mi propósito basta con dejarla consignada en este lugar, y hacer que se noten las palabras que están completas. Ellas demuestran que la leyenda es de carácter piadoso, que se ha querido fijar en aquel gabinete y en el salón que le precede el recuerdo de un suceso que tiene carácter religioso. Y siendo esto indudable, ¿sería aventurado suponer que en aquel gabinete vió la luz primera el Santo Obispo de Badajoz y de Valencia, Patriarca de Antioquia, el Beato Juan de Rivera?

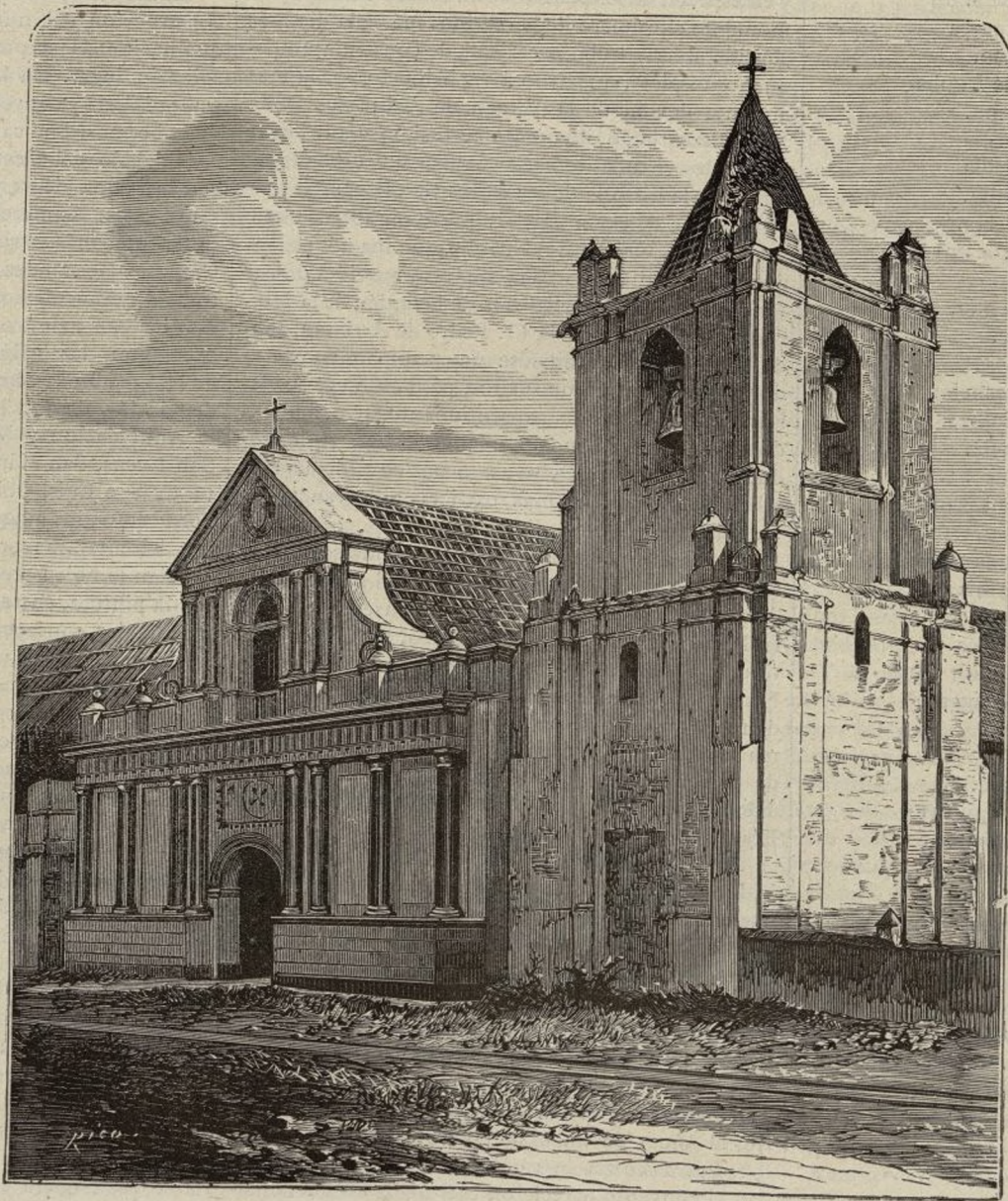
Estudiando la inscripción, aún en el estado en que actualmente se encuentra, vemos en el cuarto trozo, en el lienzo que hay frente al balcón, las letras REVIIRA... —en la que trocando la E por la I, leeríamos el apellido Ribeira en su forma portuguesa, que podría combinarse muy bien con las palabras EIVS... CARO—y con los numerales M. Q. y algun otro que haya sido colocado fuera de su lugar.—Pero repito que este estudio no dejará de hacerse.

Trabajo cuesta abandonar estancia tan preciosa y que tales recuerdos despierta; pero necesario se hace poner fin á este artículo, y por tan poderosa razón no me detengo en

buscar en el piso bajo, y cerca de los aposentos que hoy ocupa la numerosa Biblioteca, la entrada que señalan los cronistas haber tenido por su palacio aquellos célebres subterráneos que se prolongan en dirección á la Borgeguinería.

Y en verdad sea dicho, renuncio con pena á esta investigación; porque conocida la casa, y sabiendo que ya cuando fué fundada eran subterráneos esas construcciones, que tal vez ántes no lo fueron, podríamos demostrar que no era árabe su fabricación; pero este trabajo llenaría mucho espacio.

Muy del caso sería estudiar las sucesivas transformaciones que ha ido experimentando este magnífi-



LA IGLESIA DE LALLO (Filipinas).

rodea toda la estancia, y esto hace detener al observador. Su colocación actual es la siguiente:

En la cámara del balcón que dá frente á la calle de Guzman el Bueno, en el lienzo del balcón.

**SMIISERIC**

Debajo del chinero:

**ORSDGSPACI**

En el mismo lienzo del chinero, pasada la puer-tecilla:

**ISETMVLTUMMISERICORS**



co edificio, ya que de todas quedan vestigios suficientes para que pudiera hacerse detenido análisis.

Una de sus renovaciones, y sin duda de las de mayor importancia, debió hacerse en el siglo xv, y acaso por los mismos artistas que decoraban la catedral, entonces en construcción, porque la balaustrada del mirador es de piedra de igual clase que la de la Iglesia, y hay adornos góticos que parecen arrancados de las azoteas. Pero no podemos excusar ya la conclusión.

Por esta causa no detenemos á los lectores á admirar la extraña columna que sostiene el arco en la escalera principal, y cuyo fuste, labrado por capricho del artífice, figura cuatro bocales retorcidos; ni les permitiremos subir al airoso mirador que forma el ángulo de la fachada en la esquina de la calle de Segovias, que también debe pertenecer, como hemos indicado, á la reforma que sufrió el edificio en el siglo xv, y que aunque ahora está cubierto de tabiques para reforzarlo, recordamos muy bien el tiempo en que se ostentaba sostenido por airoas y esbeltas columnitas, que le daban aspecto muy agradable.

Otro observador más perspicaz hubiera descubierto muchas cosas dignas de atención en este edificio, y hubiéramos dicho en galano estilo y con el oportuno aparato de erudición: falto de tales condiciones, me estimaré muy recompensado, si esta ligera cuanto desaliñada reseña fija la atención de los arqueólogos sobre las muchas particularidades dignas de su estudio, que dejo indicadas, y dá ocasión á que alguna vez se estampe una buena monografía adornada con láminas, que deje recuerdo imperecedero de la habitación de los Visires musulmanes en Sevilla.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

## EL ARTE CRISTIANO EN LA EXPOSICION DE MUNSTER.

A principios del pasado Junio se ha abierto en Munster una exposición de antigüedades cristianas y de monumentos de arte, y el pensamiento de formar este museo efímero, ha sido comprendido por todos

en la provincia de Westfalia, hallando en todos los católicos profundas simpatías.

Pocas iglesias hay de este antiguo y católico país que no hayan enviado los objetos más importantes de su tesoro. La catedral de la diócesis se ha despojado completamente del suyo, y la más humilde iglesia de aldea también ha contribuido con un objeto de arte, el único tal vez que posee y que á largos intervalos le proporciona la visita del curioso ó del arqueólogo. Los coleccionadores de la provincia y los museos de la ciudad, también han suministrado su no despreciable contingente, y todo hoy reunido forma un considerable conjunto que ofrece mucha analogía con la exposición celebrada en Malinas en 1864, y que para gran parte de Alemania podrá tener las mismas consecuencias. Para muchos es una revelación, y para los aficionados al arte religioso, y sobre todo para el clero, es un potente estímulo de estudio, sirviendo también hasta de enseñanza para aquellos que há ya tiempo exploran la vasta cuanto fecunda mina del arte puesto al servicio del culto católico.

Estas consideraciones nos ponen la pluma en la



EL VALLE DE ARÁNZA.

mano para dar á los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA alguna idea de los objetos reunidos en la ciudad de los anabaptistas, valiéndonos de las noticias que nos transmiten los periódicos extranjeros referentes á este museo improvisado.

Multitud de personas de todas clases y condiciones acude á ver la Exposición, cuyos salones no se desocupan desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde: véanse en ella muchas señoras, quienes, catálogo en mano, examinan las casullas, las miniaturas de los manuscritos y los relicarios con tal atención y cuidado, que difícilmente se hallaría en el mismo grado en otros países. Los sacerdotes son más numerosos.

Haciendo caso omiso de los ídolos en bronce, de Apolo, Hércules y otras divinidades gentílicas encontradas en Xanten, en Meppen y en otros lugares, y sin ocuparnos de los sílex más ó menos trabajados, más ó menos agudos que se hallan en los estantes del primer salón, ocupémonos en las obras de orfebrería y latonería que se refieren al epígrafe de este artículo.

En esta sección se halla el interés capital de la Exposición. Todos los vasos destinados al servicio del altar ó á la administración de los sacramentos se encuentran reunidos en ella tan numerosamente variados, que permiten seguir cronológicamente sus transformaciones sucesivas por espacio de muchos siglos.

De todos los vasos sagrados, el más antiguo, el más digno de veneración y el más augusta bajo todos aspectos, es el cáliz destinado á la consagración de la Divina Sangre. Por esta razón desde la época de Constantino, y principalmente desde la de Carlomagno, la Iglesia ha preceptuado repetidas veces que el cáliz fuese hecho de metales preciosos, no tolerando los más ínfimos sino para las iglesias más pobres.

La Exposición de Munster ofrece una serie muy notable de setenta y cinco cálices, todos de mucho valor bajo el aspecto del arte, siendo el más antiguo el cáliz de viaje de San Ludgero, primer obispo de Munster, muerto el año de 809. Es un cáliz pequeño de forma rudimentaria, que escasamente tiene



llegada de su madre (en cuyo punto Jacinta se había hecho ménos visible en el cuarto de Fernando) no se podía acostumbrar sin la compañía de la joven; y le solía decir cuando asomaba á la puerta preguntando, sin penetrar en la alcoba, cómo seguía el enfermo: ¿por qué no entráis, Jacinta? ¿Cómo es que me habeis abandonado?... Creo, Fernando, le contestaba, que ya no necesita usted de mis cuidados; se encuentra usted muy mejorado, y además su querida madre es bastante para prestarle á usted los mismos servicios que yo le prestaba ántes. Sin embargo, á ruegos de Fernando penetraba hasta la cabecera del enfermo, en donde pasaba algunas horas.

Una tarde, cuando Fernando iba entrando ya en la convalecencia, sostenía una animada conversacion con Jacinta, que creemos trasladar aquí.

—Hoy he podido leer al fin las cartas que hace tiempo deseaba, y de las que os hablé tantas veces; ya podreis imaginar el placer que sentiria mi corazon con su lectura; y es tal el gozo que llena mi alma, Jacinta, que hoy quiero revelaros el nombre de la mujer á quien he consagrado todo mi amor.

—Lo deseo en el alma, Fernando, pues así podré saber quién es la dama de vuestros pensamientos, para si algun dia logro la dicha de conocerla, decirle todos los méritos y merecimientos de un caballero tan constante y galan como lo es usted.

—Sea como quiera, y riase usted ó no, creyéndolo pura broma y pasatiempo, hoy quiero dar suelta á los sentimientos de mi alma.

—A pesar de lo que he dicho, no vaya usted á suponer que yo no crea en la sinceridad de su passion; no, Fernando, estimo á usted demasiado y creo que de ello he dado pruebas para que ahora me ria y dude de sus sentimientos; ántes por el contrario, me asocio con toda mi alma á sus satisfacciones de usted, de las que deseo participar.

—Pues comience usted á participar ahora mismo leyendo esa carta, y léala usted alto, que quiero oír de nuevo las tiernas y amorosas palabras de esa mujer celestial. Tomó la carta Jacinta de las manos del convaleciente, y la leyó, quedando enamorada de la dulzura y piedad de los sentimientos de Cristina, á quien habian llegado las tristes nuevas de la enfermedad de Fernando.

—Cristina... Cristina... (quedó diciendo Jacinta al concluir de leer la carta.) Yo conocí con este nombre una joven, á cuyo lado pasé mis primeros años...

—Es Cristina de... dijo Fernando nombrándola por su apellido.

—¿Con que esta es la mujer á quien ha consagrado usted su cariño, Cristina de?...

—Es decir, que la conoce usted... ¿No es verdad?...

—Vaya si la conozco, pues con ella he vivido yo algunos años, á causa de que mi pobre padre fué mayordomo de su casa, hasta que con su muerte me dejó huérfano y en la triste situacion de que tuviésemos mi madre y yo que poner casa de huéspedes, como veis...

—¡Oh! qué feliz casualidad... Contadme, contadme su vida... ¿No es cierto que ha sido siempre un ángel como lo revela esa carta que acaba usted de leer?... Dígame usted, dígame usted todo lo que sepa...

—Sin duda que será un ángel: hermosa y con una belleza simpática y encantadora, pero tan sencilla é impresionable, que recuerdo bien que sus padres

siempre estaban temiendo que su extremada bondad y sencillez les diese que sentir... En una ocasion, sin ir más lejos, tuvieron que sacarla de la ciudad y llevarla á tomar los aires del campo...

—¿Pues qué quiere usted decir con eso?

—Siento haber dicho lo que dije; los hombres son ustedes así... Por la cosa más pequeña dan ustedes en pensar tantas cosas... añadió Jacinta con un tono sencillo, y al parecer inocente, que contrastaba con sus palabras.

—Me está usted haciendo mucho daño; de una vez dígame usted claramente lo que sepa de Cristina; sin rodeos que aumenten mis inquietudes...

—Ya me lo temia yo... nada teneis que temer de una joven tan buena como Cristina; pero cómo se evita que un hombre imprudente vaya detrás de una mujer y la persiga con sus locuras? Esto ya conoce usted que es inevitable, y mucho más tratándose de una niña tan bella y encantadora... Pues bien, Fernando, un joven que ya llamaba la atencion por sus locuras, dió en perseguirla á todas partes, hasta el punto que sus padres, ante la perspectiva de las consecuencias que podía traer la insistencia de este joven, determinaron un viaje que alejase todo motivo de dichos y comentarios...

—Es decir, que Cristina correspondió á la probada insistencia amorosa de aquel joven; se apresuró á decir Fernando con marcada ironía y mal humor contenido...

—¡No sé de dónde sacáis semejante consecuencia!... No sea que ahora forméis sobre mis sinceras palabras castillos en el aire... Yo, con lo que os acabo de decir, añadió Jacinta, no he tratado de deprimir ni rebajar en nada el mérito de la pobre Cristina; ántes por el contrario os repetiré, Fernando, que es una joven de gran mérito y digna de ser amada, por quien, como usted, reúne un corazon tan excelente y una fidelidad á toda prueba.

Todas estas protestas de sinceridad y alabanzas inusitadas, por lo no pedidas, hicieron en Fernando el efecto contrario. La astuta enfermera conocia demasiado el carácter de su víctima, y para evitar nuevas preguntas que pudieran comprometerla, pretestó no sabemos qué ocupaciones en el interior de la casa, que reclamaban su presencia; con cuyo motivo se alejó á toda prisa del cuarto de Fernando, quien habia quedado pensativo, y tan profundamente distraido, que no se apercibió siquiera de la salida de Jacinta.

Dejémosle, pues, así preocupado con sus cavilaciones y encontrados pensamientos, y entre tanto demos el último toque al retrato de Jacinta, que hasta ahora no hicimos más que bosquejar.

Como dijimos ya; Jacinta era el tipo de la mujer astuta, envidiosa y de corazon frio é insensible: el cálculo entraba en todas sus acciones oculto bajo la forma exterior de una dulzura estudiada. Perseguida por la mala fortuna, con sus desdichas habia perdido los sentimientos apasionados y afectuosos que siempre acompañan y distinguen á la mujer, y veia sin remordimiento los males que podía causar á los demás con su manera de obrar y de decir.

Jugando en sus primeros años con el amor, trató con alguna ligereza á los hombres, y guardando con ellos poco recato y dignidad, de aquí el que se hubiese visto olvidada por los que ella creia debian rendirle tributo y homenaje, y postergada á las que llama-

ba tontas y cándidas y hasta mojigatas, que con su hipocresía, como ella acostumbraba á decir, engañaban á los hombres con quienes se habian unido en eterno lazo.

La palabra hipocresía para ella, era de una elasticidad inadmisibile: hipócrita era la que no le acompañaba en ciertas libertades y bromas poco modestas que tenia por costumbre usar con los hombres; y, en una palabra, la que no se prestaba para aquellas desenvolturas que le caracterizaban, añadiendo el dictado de semi-tonta ó cosa á este tenor...

Esta conducta que creyó ella era el mejor camino para hallar una brillante colocacion, fué casualmente la que decidió de su destino, haciéndola llegar hasta una edad que ya una mujer desconfia de poder casarse.

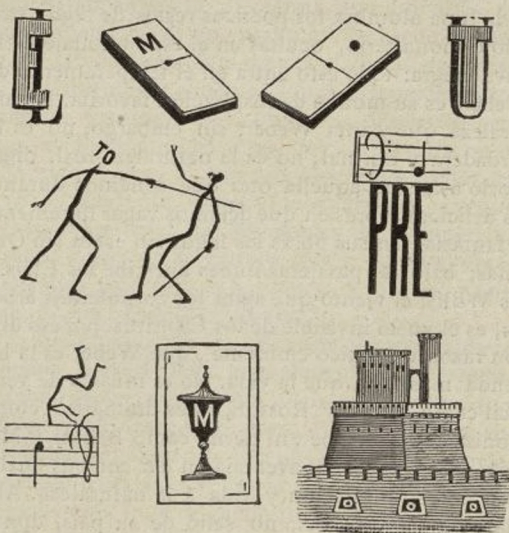
Jacinta con su extraño carácter, que no quiso corregir y enmendar, llegó, segun hemos dicho, á la funesta edad de treinta años sin encontrar colocacion; lo cual, unido al orgullo que la dominaba, la hacia vivir en continúa pelea consigo misma; siempre juzgando por mal lado las acciones más inocentes de sus semejantes, y viendo con mal coptenida envidia la fortuna ajena.

Formando torres y hurdiendo tramas y malquistando á todo el mundo con su lengua de víbora, para lo cual el diablo la inspiraba á las mil maravillas. En las garras, pues, de esta nueva Circe, cayó por su mala ventura el pobre Fernando, el cual en verdad no estaba preparado para comprender toda la extension de las intenciones y el valor de los recursos por ella empleados; así fué que las palabras que acababa de oír de su boca fueron como un sutil veneno que penetró hasta lo más recóndito de su corazon.

RAMON SEGADE.

(Se continuará.)

#### JEROGLÍFICO.



(La solucion en el próximo número)

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.

## SECCION DE ANUNCIOS.

### LIBRERIA CATOLICA DE SAN JOSE.

#### Obras publicadas.

TRATADO DEL ESPÍRITU SANTO: 24 reales en rústica, y en pasta 32 rs. en Madrid y 34 en provincias.

¡JESUITAS! por M. Paul Feval: 6 reales en rústica, y 8 en Madrid y 9 en provincias encuadernado en tela.

EXAMEN CRÍTICO DE LA HISTORIA de los conflictos entre la religion y la ciencia, de Guillermo Drapper, por el Padre Cornoldi: 4 reales en toda España, y 6 reales en Madrid y 7 en provincias en tela.

LA IGLESIA Y EL ESTADO, por el Padre Mateo Liberatore: 12 reales en rústica, y en pasta 16 reales en Madrid y 17 en provincias.

LEON XIII Y LA SITUACION DEL Pontificado, por el doctor D. Urbano Ferreiro, presbítero: un volumen en 8.º, con el re-

trato de Su Santidad en fotografia: 7 reales en toda España, y 9 reales en Madrid y 10 en provincias en tela.

VICTOR O ROMA EN LOS PRIMEROS tiempos del Cristianismo, novela histórica religiosa, por el Padre F. Gay: 7 reales en Madrid y 8 en provincias en tela.

CURSUS SCRIPTURÆ SACRÆ, seminario usui accommodatus, Opera Francisci Xaverii Schoupe, s. j.; editio prima. Acurrante D. Joachin Torres, presbítero: 24 reales en rústica, y 28 en Madrid y 30 en provincias empastados los dos tomos en un solo volumen.

También se ha encargado la librería de San José de la propaganda y venta del *Almanaque católico y Guía eclesiástica*, que con tanta aceptación ha comenzado á publicarse este año; forma un volumen en 8.º, y se vende encuadernado en cartón á 6 reales en Madrid y 7 en provincias.

Todas estas obras se venden en Ma'r'd en

el taller de encuadernar de la Librería de San José, situado en la calle de Gravina, núm. 14, tienda, esquina á la prolongacion de la calle de la Libertad, y en las librerías de Aguado, Olamendi, Tejado, Perdiguero y otras.

En provincias, en Ultramar y en el extranjero, en las casas de los correspondientes y en todas las librerías católicas.

Los pedidos se harán á D. Manuel Alonso y Zegri, Madrid.

### AMAYA,

Ó LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII.

Novela histórica

DE

D. F. NAVARRO VILLOSLADA.

Se ha publicado el primer tomo de esta obra notabilísima, y se vende á 12 reales en la Librería de San José, Gravina, núm. 14.

### MISERERE MEI DEUS.

Traducción en verso de este Salmo y noticias de versiones poéticas del mismo,

POR

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

Un tomo en 8.º francés. Se vende á 20 reales en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado, Guio, Lopez, Fé, Murillo y Hurtado.

### GRABADOS.

En la Administración de este periódico, Jesus del Valle, núm. 23 y 25, pral., se venden los publicados en el tomo I de LA ILUSTRACION CATOLICA.

Hay mucha variedad y se darán á precios arreglados. Horas de despacho: de diez á seis todos los dias no festivos.